

El gaucho: historia y estética de un mito

O gaúcho: história e estética de um mito

Uruguay Cortazzo González*

Resumen: Gaucho: las raíces de esta palabra encontrarse en una diversidad de lenguas: portugués, árabe, francés, vasco, hebreo, guaraní, quechua, aymara, araucano. A su alrededor comenzaron a levantarse grandes cercos de escritura. Trataron de detenerlo, de interrogarlo, de arrancarle la confesión de su existencia, para elaborar textualidades donde aparezca la verdadera realidad de este personaje. Ni la historia no consigue una certeza científica del gaucho. Los discursos siguen produciendo destellos de diferentes colores. Y el gaucho nos resiste como mito.

Palabras-Clave: Gaucho. Historia. Mito. Textualidades.

Resumo: As raízes da palavra gaúcho encontram-se em uma série de línguas: português, árabe, francês, basco, hebreu, guarani, quéchua, aymara, araucano. Em torno dela, cresceram muitas e grandes narrativas. Ela também tem sido alvo de interrogações, de tentativas de confissões sobre sua existência, para a elaboração de textualidades onde, quicá, pudesse aparecer a verdadeira realidade dessa personagem. Nem a história conseguiu levantar uma certeza científica sobre o gaúcho. Enquanto isso, os discursos seguem produzindo hipóteses dos mais diversos matizes. E o gaúcho resiste como um mito.

Palavras-chave: Gaúcho. História. Mito. Textualidades.

* UFPel

*En el principio no había nada.
Solo la pampa. Nada existía.
Solo una vaca salvaje y solitaria.
Y entonces, la vaca parió un hombre
Y los dioses asombrados lo llamaron gaucho.*

Este podrían ser los primeros versos del mito de los orígenes de un ser excepcional que, aparentemente, se distinguió de todos los otros: no era un paisano, no era un peón, ni un esclavo, ni un indio. El idioma español tuvo que inventar palabras nuevas para poder nombrarlo, como si algo inédito hubiese aparecido en el mundo. Y comenzó a balbucear changador... gauderio... gabucho... gahucho... hasta llegar a gaucho. La realidad hispánica tenía ahora un nuevo tipo humano.

Las raíces de esta palabra parecerían enterrarse en una diversidad de lenguas: portugués, árabe, francés, vasco, hebreo, guaraní, quechua, aymara, araucano, como si quisiesen hermanarse y juntarse todas en esta gestación.

Pero el nuevo ser nunca habló, no escribió. No dijo si se sentía diferente, cómo se veía a sí mismo, qué era lo que quería, cómo eran los otros y cómo era el mundo.

Solo dejó un gran vacío silencioso.

A su alrededor comenzaron a levantarse, entonces, grandes cercos de escritura. Como los antiguos alambrados, tratan de detenerlo, de interrogarlo, de arrancarle la confesión que revele su existencia. Es la escritura de los funcionarios y autoridades coloniales, de los viajeros y naturalistas, de los poetas cultos que se apropiaron de su voz para imitarlo hasta verlo desaparecer, de los historiadores que desentierran todas esas escrituras anteriores, para elaborar otras textualidades donde aparezca la verdadera realidad de este personaje.

Su verdadera realidad, si es que existe, continúa siendo aquel silencio que ninguna escritura conseguirá habitar.

El gaucho continúa huyendo de todos nosotros, fiel a las primeras palabras con las que intentaron enlazarlo. Son los “mozos perdidos”, como los vio Hernandarias en 1617. Perdidos para Dios, para el Rey y para la Ley, agregarán otros después.

Hablar sobre el gaucho es siempre hablar sobre los discursos que provocó en los otros.

Esos otros somos nosotros, los que pertenecemos al mundo del orden, del poder y la cultura.

Buscarlo es simplemente ir tras el reflejo que se fijó en los espejos del poder escriturario.

Autoridades, artistas y académicos.

Los reflejos más antiguos a los que hemos podido llegar, lo muestran como un transgresor a los principales valores de un verdadero hombre. Un factor de desorden, de daños y perjuicios. La característica que más destacaron fue su nomadismo, su resistencia a fijarse en un lugar, a construir una familia y a vivir de un trabajo visible. Lo llamaron , entonces, *vagabundo o vagamundo*, palabra alrededor de la cual siempre aparecen también “facineroso”, “cuatrero”, “ocioso”, “malentretenido”, “malévolo”, “amancebados”. “Hombres cimarrones que andan detrás de chinas, bacas y caballos” dice un documento de 1742. Todas palabras pertenecientes al español peninsular. La primera designación americana que se registra es *changador*. Su condición semántica no mejora: “changador” designa un oficio, es el que faena ganado temporariamente, pero en realidad vive del contrabando y del robo de ganado, generalmente comerciando con portugueses y trocando cueros por yerba, caña, tabaco y ropas.

Gauderio se lo nombra posteriormente, para designar a esos habitantes del campo que tenían una vida fácil y divertida, porque no trabajaban y vivían de lo ajeno: ladrones de ganado que comerciaban también con los portugueses.

Finalmente aparece la palabra *gaucho*. Sabemos quien fue el primero que la escribió: el Comandante Pablo Carbonell. Sabemos también el lugar: Maldonado. Conocemos hasta el día exacto en que quedó registrada por primera vez: 23 de octubre de 1771. “Gaucho” aparece en su bautismo como un sinónimo de delincuente. El comandante cuenta que hay noticias de “gahuchos” que se dejaron ver en la sierra y que envió a 36 hombres “por ver si podían encontrar los malhechores” (ASSUNÇÃO, 1969, p. 191).

En el discurso de los funcionarios españoles, se ha definido ahora con precisión a una comunidad rural flotante que vivía del robo y el contrabando de ganado, preferentemente con portugueses, sin un lugar estable y que se había expandido por toda la Banda Oriental.

Ser declarado “gaucho” era ser considerado, por lo tanto, una persona fuera de la ley. Era, además de una denominación, una acusación. Por eso, cuando estalla la revolución, los españoles llamaron, con plena lógica y total desprecio, “gauchos” a los integrantes del ejército rebelde.

Un jefe revolucionario argentino, Güemes, se apropia de la ofensa y comienza a denominar orgullosamente “gauchos” a sus soldados. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la mayoría de los líderes, evitaron ese término y prefirieron el de “paisanos” para referirse a la milicia. Es en este preciso momento que se produce un fantástico giro del sentido: lo que en boca de todos había sido un sinónimo de “bandido”, comienza ahora a ser un equivalente de “guerrero patriota”.

En realidad, el ejército estaba compuesto por gauchos. Algunos habían sido convencidos de luchar contra autoridades que los habían perseguido. Otros muchos lo hicieron forzosamente a través del sistema de levas que se iba a prolongar hasta finales del siglo XIX.

El proceso semántico que se instaura a partir de este momento es triple. Por un lado, al politizarse, el término “gaucho” comienza un proceso ascendente de blanqueamiento y de prestigio. Por otro, la designación “paisano” señala la voluntad de integrar al gaucho a la nueva sociedad, por lo menos en revolucionarios como Artigas. Finalmente se retoma el más antiguo

sentido colonial: “vagabundo” y “vago”. Esta recuperación era necesaria para, primero, continuar enrolando soldados, ya que la acusación de vago determinaba inmediatamente el servicio militar obligatorio. Más tarde se emplearía para limpiar la campaña de gauchos y obligarlos a luchar contra los indígenas o a realizar trabajos forzados en la ciudad.

Es en estos vagos, entonces, que tenemos que ver al gaucho siendo acorralado y finalmente desintegrado, tal como se lo había propuesto la colonia. Sin vacas cimarronas, con estancias con ganado sedentario y la aparición de los saladeros, con los campos alambrados, el aumento de la población rural y el desarrollo de la detestada agricultura en manos de los “gringos”, se desploma el sistema que lo había gestado.

Ya no había lugar para cazadores de ganado salvaje ni contrabandistas de cuero. O se volvía un peón más o se transformaba en un soldado miserable. O... y fue la opción de muchos, se volvía un “gaucho malo”.

Al mismo tiempo que la palabra con la que fue acusado, comenzaba su destino de glorificación, el gaucho se hundía bajo el peso de la primera denominación: vagabundo.

Correspondió a la literatura la función principal en la sacralización de la palabra. Y el primero de todos fue el uruguayo Bartolomé Hidalgo (1788-1822), poeta neoclásico y soldado revolucionario de Artigas. Imitando una forma musical que se cantaba en el ejército, el “Cielito”, transformó el contenido amoroso original en un panfleto político con un lenguaje propio del campo. Los cielitos imitan la voz de un gaucho que canta desafiante sus insultos a la cara de los españoles y los portugueses invasores. Estas composiciones tenían una clara función bélica: se trataba de enardecer el furor guerrero, inferiorizando al enemigo y exaltando las virtudes del criollo: antes que nada su guapeza y su coraje. Los guerreros son designados como “mozos” o “indios amargos”, es decir valientes, que se divierten en un juego violento, donde son los expertos a los que nadie les puede ganar. Los españoles son retratados como “cerdos”, “avestruces asustadas”, “zánganos”, aristócratas autoritarios con costumbres fuera de lugar.

Al mismo tiempo que se da esta complacencia en los valores gauchescos, Hidalgo introduce ideas políticas revolucionarias como si fueran propias del personaje. En primer lugar la idea de patria, ajena por completo a quien era básicamente un nómada que comerciaba ilegalmente con los portugueses y se refugiaba, cuando lo necesitaba, entre los indios. La otra idea, más exótica aun es la de injertarle una conciencia americanista. Los gauchos de Hidalgo, pelean no solo por liberar al Río de la Plata sino que saben que están dentro de un proyecto continental. De ese modo, en una especie de paideia revolucionaria, el escritor pretendía fundir con las voces que venían del campo las ideas de los ilustrados urbanos. El gaucho adquiere, así, en estos cantos, un nuevo perfil: es ahora un patriota americano. Un representante genuino de la tierra frente a los españoles:

No queremos españoles
que nos vengán a mandar,
tenemos americanos
que nos sepan gobernar.

El triunfo de la revolución no trajo, sin embargo, los esperados beneficios para el gauchaje. Mas bien todo lo contrario.

En la última etapa del experimento estético de Hidalgo, aparecen voces desilusionadas y críticas ante la nueva sociedad. Se trata de los llamados “Diálogos Patrióticos”. Dos gauchos amigos conversan ahora sobre las últimas novedades políticas y expresan su indignación frente a la desunión que se generó, el caos político, la discriminación entre ricos y pobres, la corrupción y la impunidad de los políticos y “señorones”. El gaucho adquiere aquí otras de sus virtudes: la honestidad y el compromiso civil.

La poesía gauchesca, como se denominó este nuevo género, continuará su evolución comprometiéndose ahora con los conflictos internos de las guerras civiles que siguieron a la revolución. Se vuelve una poesía partidaria, en Araúcho, Ascasubi y Lussich. Esto hasta llegar a José Hernández (1834-1886). El “Martín Fierro” se libera de toda anécdota política, asume el problema social y se proyecta finalmente en una dimensión mítica.

Partiendo de la situación del gaucho, cuando ya está cercado por un proyecto civilizador que no consigue entender, Hernández alcanza un tema clásico de la literatura occidental: el misterio del destino. El sufrimiento ilógico en el que queda atrapado una persona que no ha hecho ningún mal. El gaucho se transforma así en todo hombre que sufre, sin encontrar el sentido de su destrucción. Como pampeano, Martín Fierro concentra todo el drama del habitante de la campaña, contrabandista primero, héroe después, utilizado por la revolución, vagabundo otra vez, descartado por el nuevo poder, para acabar perseguido, sin lugar ya en la nueva sociedad que invade el campo. Hasta aquí, Martín Fierro es un personaje regional. Como hombre que se enfrenta al absurdo de ser condenado sin haber cometido ningún crimen y se rebela es un personaje trágico que puede parangonarse al Job bíblico o a los seres que aparecieron en los escenarios griegos. Creo que Hernández coloca un elemento más de misterio que lo articula a nuestra época también. Fierro se lamenta como Job o como Edipo, dos célebres malditos inocentes, pero a diferencia de ellos reacciona con una violencia tan absurda como su propio destino: mata gratuitamente a un negro, alguien más humillado todavía que un gaucho en la sociedad platense. Hay algo aquí de profundamente perturbador en el personaje: algo como un sacrificio humano ritual, donde el sinsentido de la vida parece compensarse con el asesinato de un inocente. ¿O es una repugnante venganza racista, una desesperada afirmación de un blanco inferiorizado que precisa confirmar que existen otros más despreciables que él? El gaucho de Hernández no es fácilmente santificable. De todas formas, Hernández dejó esta imagen compleja del último gaucho, alejándose en una imposible fuga hacia otros condenados inocentes: los indígenas.

Para la mayoría de la crítica el ciclo gauchesco se cierra con esta obra maestra. Pero un nuevo proceso comienza en la ciudad: el decano de la Facultad de Medicina de Uruguay, Elías Regules, funda en 1894 la “Sociedad Criolla”, una institución dedicada a rendir culto a todas las costumbres y virtudes gauchas, incluyendo la vestimenta. Este prestigioso académico declara para sorpresa de Montevideo que el gaucho era la auténtica raza uruguaya. La idea era hacer del personaje el núcleo de la identidad nacional. Crear una especie de aristocracia autóctona contra las masas de inmigrantes que se

descargaban en el puerto de la capital dispuestos a trabajar y a modernizar el país. La xenofobia de Regules quedó bien clara cuando, en medio de la polémica que se desató, afirmó que los inmigrantes no significaban ningún beneficio para el país, ya que no traían capital económico, eran hambrientos europeos que venían a Uruguay a comerle el pan a los paisanos (RAMA, 1998, p.177).

El criollismo, como se llamó a toda la literatura que se genera a partir de la publicación de la revista “El Fogón” (1895-1913), se expandió triunfalmente mostrando un gaucho apaisanado, idílico, vuelto hacia un pasado heroico que ya no existía y que se resiste a aceptar los cambios. Ya no son mozos como en la época colonial, son ahora viejos melancólicos como lo muestra el apodo de uno de los más famosos colaboradores de esa publicación: “El Viejo Pancho”, curiosamente un inmigrante gallego, llegado en la ola inmigratoria.

Este proceso, que podríamos llamar de nacionalización del gaucho, culmina con la obra “El Payador” (1916) de Leopoldo Lugones. Con un sofisticadísimo aparato erudito, este prestigioso escritor argentino afirmó que “El gaucho fue el héroe y el civilizador de la pampa” y un factor decisivo en la formación de la nacionalidad. Por otro lado declara al Martín Fierro, el poema épico de la Argentina y su personaje comparable a los caballeros andantes, al Cid y a Hércules, entre otros. Esta verdadera apoteosis, que vincula al gaucho con la civilización occidental no se hace sin fuertes contradicciones. Es solo una afirmación que puede hacerse sobre el cadáver del gaucho, al que, en realidad, en una clara concepción racista, Lugones consideraba una raza despreciable: “Su desaparición es un bien para el país, porque contenía un elemento inferior en su parte de sangre indígena” (LUGONES, 1992, p.51).

La nacionalización del gaucho solo es posible cuando ha desaparecido, cuando ya no está para dar testimonio de lo que realmente era. Es en ese momento que la oligarquía política, que programó su extinción desde el inicio de la revolución, levanta ahora su fantasma como el blasón de la aristocracia del terruño, el símbolo de la identidad rioplatense, contra las pretensiones de ascenso social y político que significaba la llegada de la “plebe ultramarina”. Es

así también que puede representarse al gaucho subordinado por naturaleza, al poder de los políticos blancos:

Los gauchos aceptaron, desde luego, el patrocinio del blanco puro con quien nunca pensaron igualarse política y socialmente, reconociéndole una especie de poder dinástico que residía en su capacidad urbana para el gobierno. Con esto, no hubo conflictos sociales ni rencores, y el patronazgo resultó un hecho natural. (LUGONES, 1992, p. 53)

Fueron muchos los intelectuales que se opusieron a esta folklorización abusiva y a una literatura artificialmente popular, fabricada por escritores cultos y con tendencias xenófobas.

Uno de ellos fue Jorge Luis Borges. En Uruguay, la oposición al gaucho como símbolo nacional se cierra en los años 20, con el ataque demoledor del crítico e historiador Alberto Zum Felde, al proyecto criollista de Regules: “La historia de nuestra formación es la historia del gaucho; y la historia de nuestra evolución es la lucha del gringo con el gaucho, de la Ley contra el Instinto” (ZUM FELDE, 1921, p. 115).

El discurso historiográfico es el último en aparecer en esta contienda y surge también en oposición al nacionalismo gauchesco. La Historia viene a destruir toda la estética alrededor del gaucho, para demostrar, con documentos en la mano, que no fue otra cosa que un delincuente del campo o un marginal oprimido.

Debemos a la obra “El Gaucho” (1945) del historiador argentino Emilio Coni, el primer estudio científico que sentará las bases para toda la investigación futura. La imagen que surge de este libro, es la opuesta a la elaborada por los artistas gauchescos: vemos aparecer a través de cartas, informes, memorias a un bandido rural, al que no puede, de ninguna manera, adjudicársele representatividad nacional. La pampa no es toda la Argentina, argumenta Coni. También está la selva misionera y las sierras andinas y en esas regiones el gaucho no fue ni es una figura emblemática. Imponer la cultura pampeana al resto del país, es una nueva prepotencia de Buenos Aires contra las otras provincias.

Como era de esperar la obra de Coni despertó fuertes antipatías y dividió claramente las aguas en gauchófilos y gauchófobos.

A esta obra responde, con no menos rigor, el uruguayo Fernando Assunção, con varias obras “El gaucho. Su espacio y su tiempo” (1969) y “El Gaucho. Estudio socio-cultural” (1979) que resumen una labor de 20 años de apasionada investigación. La tesis de Assunção podríamos llamarla de intermedia, ya que no desmiente el factor delictivo, centrado en el contrabando, pero afirma que fue el resultado de la formación de un sistema ecológico, económico, social y político que se forma en la Banda Oriental y, al que denomina la “edad del cuero”, siguiendo a Zum Felde. La estancia cimarrona es el centro de este sistema y el gaucho no fue un marginal, sino que tuvo un papel central en ese sistema hasta el período revolucionario.

La otra obra de gran trascendencia que debe ser considerada es “La Historia Social del Gaucho” (1968) de Ricardo Rodríguez Molas, donde aportando más documentación, sostiene que el gaucho no fue otra cosa que un “desposeído” producto del latifundio y condenado a robar por necesidad. Toda la cultura gauchesca que surgió posteriormente no es otra cosa que una idealización de la miseria, al servicio de una minoría de poderosos.

Como podemos apreciar, el discurso historiográfico nos deja tres imágenes que no pueden superponerse: la del bandido, la del cazador de vacas salvajes y la de un marginado por un sistema oligárquico y represivo. La historia, si bien se pretende desmistificadora, no consigue una certeza científica y la imagen del gaucho gira en sus discursos produciendo destellos de diferentes colores. El gaucho, una vez más nos resiste. Y probablemente aquí esté su verdadera fuerza mítica: el gaucho es aquello que se resiste. A Dios, al Rey y a la Ley, como dijeron los españoles. Y a la ciencia académica también. Bandido, héroe o paisano miserable, parece también oponerse a imperios, oligarquías, cosmopolitismos e internacionalismos. Símbolo de derechas y de izquierdas, el gaucho resucita cada vez que se trata de oposición y de defender algún tipo de libertad. ¿Qué libertad es esa? El mito no lo dice, ni puede decirlo.

Cuando se interroga su imagen, la respuesta solo nos revela a nosotros mismos.

Referências Bibliográficas

ASSUNÇÃO, Fernando. **El gaúcho. Su espacio y su tiempo.** Montevideo: Arca, 1969.

CONI, Emilio A. **El gaucho. Argentina, Brasil, Uruguay.** Buenos Aires: Solar/Hachette, 1969.

HIDALGO, Bartolomé. **Cielitos y Diálogos patrióticos.** Buenos Aires: Huemul, 1963.

LUGONES, Leopoldo. **El Payador y Antología de poesía y prosa.** Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992.

RAMA, Angel. **Los gauchipolíticos rioplatenses.** Montevideo: Arca, 1998.

RODRÍGUEZ MOLAS, Ricardo. **Historia social del gaucho.** Buenos Aires: CEDAL, 1994.